

EDITORIAL

La finalidad última a la cual aspiran los trabajos del Seminario de Estudios Prehispánicos para la Descolonización de México, es propiciar el establecimiento de un plan educativo nacional que, por estar basado en valores radicalmente nuestros, haga que los mexicanos reivindicemos, en la dignidad, el orgullo de ser lo que somos.

La historia lo testimonia: hemos sufrido la más brutal conquista armada de que se tenga noticia y, como su consecuencia, tres siglos de oscura colonización física y espiritual; hemos padecido, una vez lograda nuestra independencia, multitud de agresiones que han minado la conciencia de nuestra propia estimación; soportamos actualmente el peso de maliciosas presiones colonizadoras políticas, económicas y culturales.

Hoy se hace necesario oponer a los perniciosos efectos de tales hechos, sentidos por todos nosotros, una acción capaz de combatirlos, y cuyos elementos esenciales pueden desarrollarse en los campos de la educación.

Es innegable que los mexicanos, como debe ser, somos educados en la solidaridad con el ser de nuestros indios antiguos; en las escuelas se nos enseña, por ejemplo, que Cuauhtémoc es nuestro héroe mayor; que él simboliza las luchas de nuestro pueblo por la libertad; que representa la gloria mayor de nuestra ascendencia, y debe ser para nosotros modelo presente y futuro.

Por lo contrario, aprendemos en las escuelas a despreciar a Moctezuma Segundo por su actitud sumisa ante los españoles que vinieron a conquistarnos; especialmente ante Cortés, definitiva-

mente reprobable éste, pues por torpe avaricia traicionó su palabra y llevó a nuestro rey al tormento y a la muerte.

En ese sentido, es de afirmarse que a los mexicanos se nos educa y ha educado como indios, modo de educación correcto y conveniente, ya que se enraiza en valores que estrictamente nos pertenecen.

En efecto, lo único que como pueblo, como entidad cultural, los mexicanos podemos con certidumbre llamar nuestro, por local y nativo, es el mundo prehispánico, obra de nuestros antepasados indígenas: el mundo de esa cultura existente en sí como creación humana con carácter y valores propios, fruto de una experiencia de milenios.

Lo demás que tenemos, el idioma, para comenzar, lo compartimos con otras muchas gentes; nos ha venido desde afuera, nos ha sido impuesto.

Ahora bien: por las razones históricas antes esbozadas, han sido desde el principio los extranjeros quienes se han arrogado la facultad de definir ese mundo nuestro, y nosotros lo hemos consentido. Fueron primero los españoles, soldados y frailes, quienes lo hicieron; como hombres, nos dijeron débiles, mentirosos y cobardes; identificaron con el mal nuestro mundo del espíritu; ahora lo definen los eruditos norteamericanos, franceses, alemanes, juzgándolo sangriento, pesimista y primitivo.

Durante siglos, esos juicios parciales y despectivos, al servicio de opresores poderes, han pesado sobre nosotros como una verdad humillante que se nos obliga a soportar.

De esta suerte, nuestro mundo prehispánico se nos aparece, supuesto que es fuente de la opresión que aguantamos, como algo no deseable; al colonizarnos, se nos ha hecho sentir que la condición de indios es signo de vencimiento, de pobreza, incluso de vergüenza. Y eso también se nos enseña; se nos educa en esa falsa creencia.

A los mexicanos, pues, educados como indios, se nos enseña con justicia que en ellos hemos de encontrar nuestro dechado de dignidad, de fuerza y heroísmo. Pero a la vez se nos inculca,

por la colonizadora tradición de siglos que padecemos, el sentimiento de que en nuestra condición de indios radica un principio de inferioridad.

Divididos interiormente por esa contradicción, hemos vivido y vivimos. A ella procurarán oponerse los trabajos de nuestro Seminario.

A fin de hacerlo, como un primer paso, habrán de analizar en sus diversos aspectos los juicios nacidos generalmente de la incomprensión y de la mala fe y que, con buena o peor intención, estiman nuestra antigua cultura autóctona inferior a la suya, la occidental, que siguen proponiendo e imponiendo como modelo.

Una vez analizados tales juicios, serán fundadamente rebatidos; demostrada su falsedad, tendrá que sustituirseles por otros de verdad comprobable y comprobada, de contenidos enaltecedores.

Reivindicados los valores culturales de nuestros antepasados; puestos evidentemente a la luz, serán poderosos, transmitidos por medio de la educación, a empezar a destruir los influjos negativos que actualmente se atribuyen al mundo que los creó.

Se plantea así el punto inicial de una nueva forma de educación, que dote a los mexicanos con una nueva forma de pensar, más libre y más cierta.

No se trata —nadie podría quererlo— de volver al pasado; sí, en cambio, de evidenciar en el presente lo que aquél tiene de valioso; de asumirlo y de confirmarlo.

Aunque no suficientemente bien, se conoce un episodio del sitio de la gran ciudad azteca: frente a frente, separados por un canal, están indios y españoles; llega Cortés del lado de éstos, y les grita a aquéllos: “Quiero hablar con uno de sus grandes señores.” Y alguien de los indios le responde: “Puedes hablar con quien quieras, aquí todos somos grandes señores.”

Los trabajos de este Seminario tenderán a que en México se implante un plan educativo que integre en los mexicanos la posibilidad de volver a decir, desde lo profundo, esas últimas cinco palabras: “Aquí todos somos grandes señores.”

Que en lugar de vagos conceptos teñidos de racismo, los libros de texto nos enseñen que nuestra visión del mundo no ha de ser la visión de los vencidos, sino la visión de los grandes señores.